

De ferias, bibliotecas, pasado, futuro, justicia, democracia y otros temas...

Reflexiones sobre una visita a la reunión anual de la American Library Association

Surgidas a fines del siglo XV, las primeras ferias del libro fueron el resultado prácticamente inmediato de la invención de la imprenta, del explosivo crecimiento de los negocios librerías y de su creciente presencia en las ferias mercantiles que ya se celebraban por toda Europa a finales de la Edad Media. El aumento en la concentración de gente de libros en las ferias comerciales, agropecuarias e industriales determinó el temprano surgimiento de ferias especializadas en libros y productos editoriales. El libro, y posteriormente sus hermanos más jóvenes, la revista y el periódico, con todo y su carácter cultural, no dejan de ser mercancías; como tales, su desarrollo depende de que cuenten con condiciones adecuadas de distribución y consumo.

Al respecto, Lucien Febvre y Henri-Jean Martin nos relatan que “muy pronto, pues, habiase adoptado la costumbre de vender libros en las ferias”, lo cual se explica por numerosas razones: “los privilegios concedidos a los comerciantes que acudían a esas concentraciones facilitaban los transportes; los cambistas, que no faltaban en ellas, hacían más cómodas las transacciones y la afluencia de población favorecía las ventas. Las grandes ferias convirtiéronse por entonces en el lugar de reunión de librerías e impresores”.

De acuerdo con estos dos autores ya desde 1478 la gente involucrada con los libros, incluso algunos discípulos de Gutenberg, acudía a las ferias de Frankfurt, Lyon y Medina del Campo. ¿Qué razones llevaban a los primeros editores a asistir a ferias del libro? Responden los historiadores: “poder encontrarse en ellas a intervalos regulares, poner al corriente allí sus

cuentas, saldar sus deudas, adquirir el material tipográfico necesario para los fundidores y grabadores de caracteres, que también las frecuentaban, discutir los problemas comunes, anunciar la próxima publicación de un libro, cerciorarse de que ningún otro editor se proponía publicarlo, y determinar con los colegas de otras ciudades las bases para intercambios regulares, eran motivos suficientes para mover al gremio de los que se ocupaban del libro a frecuentar las ferias más concurridas”.

En nuestros tiempos las ferias son ocasiones ideales para constatar tanto los avances como las resistencias al avance; para conocer los productos nuevos y para evaluar qué tan ciertos o falsos son los supuestos apocalipsis anunciados en contra del libro, pero también para saber con anticipación suficiente ante qué nuevas tecnologías o, mejor aún, ante qué cambios en las funciones sociales o modalidades de uso de los sistemas para conservar y procesar información y documentación nos enfrentaremos.

En pocos lugares se ve tan claro como en estas ferias que la supuesta muerte del libro es una falacia, y no porque el libro de papel no vaya a ser reemplazado en numerosos usos y funciones, sino porque explicar fenómenos tan complejos con ideas tan simples refleja la simpleza de quienes las esgrimen. En pocos lugares se ve con tanta claridad que lo que estamos viviendo no es un simple proceso de *reemplazo de lo viejo por lo nuevo*, sino una amplia diversificación de la oferta de fuentes de información, y de modos de usar la misma información, que hace mucho más complejo el análisis de este fenómeno si se compara con el modo en que lo plantea el señor

PUBLICIDAD

que vende las computadoras multimedia anunciando, una vez más, la inminente muerte del libro.

Hoy en día, la *Buchmesse* de Francfort, a celebrarse del 18 al 23 de octubre de 2000, sigue siendo la feria librera más importante del mundo, sólo rivalizada en el ramo de la literatura infantil y juvenil por la Feria de Bolonia, Italia, que se llevará a cabo del 4 al 7 de abril de 2001. Otra feria de las más importantes en el mundo, y la mayor de los Estados Unidos, es la reunión anual de la American Bookseller Association, también llamada BookExpo America, que se celebrará en Chicago del 30 de mayo al 3 de junio de 2001.

En el mundo de la lengua castellana no se puede dejar fuera a Liber, que cada octubre se celebra alternadamente en Madrid y Barcelona. En América Latina destacan las ferias de Bogotá (Colombia), Buenos Aires (Argentina), São Paulo (Brasil) y la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (México).

Esta última se celebrará del 25 de noviembre al 3 de diciembre de 2000, organizada por la Universidad de Guadalajara en el excelente recinto expositor de esa ciudad, y es sin duda la mayor y la mejor de México. Hay quienes ya la designan como la quinta o sexta feria más importante del mundo.

Pero nuestro país cuenta con otras ferias, como la del Palacio de Minería, organizada por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en febrero; la Feria Metropolitana del Libro, celebrada en junio en el recinto de Exhibimex; y la del Libro Infantil y Juvenil, que tiene lugar en el Centro Nacional de las Artes en noviembre de cada año. El Instituto Politécnico Nacional (IPN) organiza una Feria del Libro Científico y Técnico en septiembre.

Casi todas las universidades autónomas del país, con excepción notoria de la Autónoma Metropolitana, así como las delegaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, varios campus del Instituto Tecnológico de Monterrey y las diversas facultades de la UNAM, organizan sus respectivas ferias locales. Por ejemplo, la del Libro de Arquitectura y Diseño de la Facultad de Arquitectura de la UNAM.

Las ferias del libro cumplen dos funciones principales: la exhibición y venta al público, por un lado, y el contacto entre profesionales, por el otro. La Feria Metropolitana del Libro, en Exhibimex, cumple fundamentalmente la primera de estas funciones, al estilo de una enorme librería; en tanto que la de Guadalajara, que se reserva ciertos días para la venta al público, lo que hace rentable el esfuerzo de los editores asistentes, se inclina más hacia una convención de profesionales del libro.

Podría decirse que el público lector y comprador forma la base económica de toda buena feria librera, pero que los profesionales eligen cuáles son las ferias

más apropiadas para sus encuentros periódicos, en función del tipo de actividades colaterales a la propia feria (conferencias, seminarios, premiaciones), pero también en función de los fondos que ahí se manejan, su ubicación geográfica, época del año y clima, características de la ciudad, sede del recinto ferial y muchos otros factores. Lo que hace que una feria librera sea también una reunión especializada entre profesionales es el hecho de que los profesionales elijan ir y encontrarse ahí. De otro modo no podría explicarse por qué, en un país tan centralizado como México, la feria hispanoparlante preferida de los profesionales del libro en las Américas no tenga lugar en la ciudad capital, sino en Guadalajara.

Las ferias de público son fuertes competidoras de las librerías y hay muchos lectores que se gastan en ellas hasta el dinero que no tienen, pues son una excelente oportunidad para surtirse de libros a muy buenos precios tratando sin intermediarios con el editor, quien también aprovecha la feria para lanzar sus novedades más recientes.

Como excepción, algunos gobiernos que buscan fomentar el desarrollo de una sólida red de librerías, como el de Quebec, consideran que la venta directa del editor al público es una competencia desleal a los libreros, por lo que limitan las novedades y los descuentos que se pueden ofrecer durante las ferias.

Pocos editores desprecian la ocasión de vender directamente al público en una feria, aunque los costos de participar son altos. Pero, pese a todo, para los editores pueden ser más importantes las ferias de profesionales que las de público; y es que no es lo mismo venderle un par de libros al transeúnte, que vender derechos de traducción, reedición, adaptación, etcétera, vender libros al mayoreo o conseguir que sean adoptados como textos oficiales por los ministerios de educación de uno o varios países. Dicho de otro modo, no es lo mismo que el editor diga "hoy vendí ese libro", que "hoy vendí tres mil ejemplares de ese libro para el Ministerio de Educación y los derechos para hacer una película en el extranjero".

Todas las ferias mencionadas hasta ahora están dedicadas al comercio, exhibición y fomento del libro como mercancía cultural, ya que sus participantes son fundamentalmente editores y libreros. Pero una excepción muy interesante en el mundo de las ferias libreras es ALA, la reunión que desde hace 119 años celebra anualmente la American Library Association, pues no es una feria de vendedores de libros, sino una reunión anual de bibliotecarios en la cual los editores y libreros exhiben sus productos.

Además de abundantes libros, casi todos orientados hacia lectores jóvenes y hacia usos escolares y de investigación, en ALA es posible encontrar todo lo

relacionado con el funcionamiento de bibliotecas, centros de documentación, bancos de datos, etcétera, como equipo de cómputo especializado, de control de datos y de entrada y salida de acervos, material didáctico, de consulta y de formación de lectores, e incluso muebles diseñados para leer, escribir, conservar y administrar todos los tipos de material documental.

El punto focal en la reunión anual de ALA, más que la pura exhibición y compraventa de libros (y de otras nuevas mercancías equiparables a libros, ya que las ferias libreras están repletas de CD-ROMs, productos multimedia, páginas www, conexiones a Internet y nuevas tecnologías), es la lectura, las actividades de fomento a la lectura, el manejo de fuentes de información y documentación, y la función estratégica que tienen las escuelas y las bibliotecas públicas en enseñar a los niños a disfrutar leyendo, así como buscando, encontrando y (lo más importante) reelaborando su propia información, sus propios datos y sus propios relatos a partir de la creciente diversidad de fuentes.

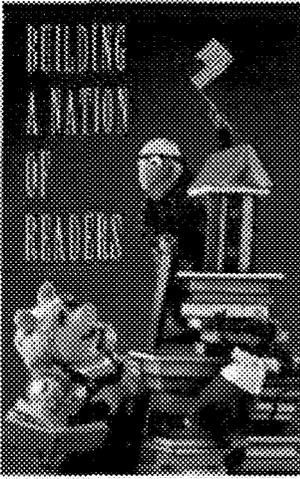
En un mundo con una riqueza tan grande, y tan creciente, de fuentes de información, las nuevas generaciones necesitan más que nunca adquirir habi-

lidades para procesar sus propias versiones de la realidad, en vez de estar esperando que la información les llegue ya procesada de parte de una autoridad; así, resulta que maestros y bibliotecarios serán cada vez menos la fuente de las respuestas, y cada vez más los orientadores de las estrategias de búsqueda que cada estudiante haga de sus propias respuestas.

Un ejemplo interesante es la Internet, que, como el foro mundial abierto y democrático que es, o pretende ser, puede arrojarle cualquier clase de resultado a quien busca respuestas; puede ser desde una poderosa herramienta de investigación o de entretenimiento hasta un patio de manicomio, lleno de publicidad, seudoverdades contradictorias, ofertas tentadoras, *junkies* y supuestos profetas. Cuando un “pescador” de información arroja su anzuelo en la Internet, la diferencia entre pescar lo que uno busca o sacar algunos *megabytes* de basura no está sino en los hábitos de búsqueda del usuario. No es muy diferente lo que ocurre con los viejos medios, ya se trate de una biblioteca desordenada, de un videoclub, de un periódico lleno de páginas y secciones, o de un televisor con doscientos canales.

Aprender a navegar por una oferta de información tan grande y tan diversificada requerirá para el futu-

PUBLICIDAD



ro no sólo aprender a procesar datos “crudos” mediante máquinas, datos que se dan por acabados y se aceptan por el solo hecho de existir o de provenir de una fuente determinada (extender al ciberespacio la carta blanca de respeto ciego que tradicionalmente se le otorga a la letra impresa), sino adquirir habilidades de *procesamiento de ideas*. Es decir, hace falta desarrollar las aptitudes, intereses y hábitos de lectura, que no son otros que la capacidad de búsqueda, comprensión, selección,

retención, síntesis, análisis, crítica, organización, reelaboración, escritura, reescritura, adaptación, cotejo, etcétera, de la información que recibimos en cantidades cada vez mayores.

Estas labores propias de la mente humana, y para mayor precisión, *de la mente humana inteligente*, adecuadamente entrenada para el pensamiento, que se conserva en forma para pensar y no está abandonada a la obediente actitud de recepción pasiva, no pueden hacerlas las máquinas. Sin tales labores es muy fácil perderse entre las innumerables fuentes de datos, hechos, cifras, verdades, dogmas, relatos, discursos, interpretaciones y puntos de vista contradictorios que surgen cada día.

El sujeto que carece de estas aptitudes para discernir en forma crítica y analítica entre una diversidad de discursos tiene más facilidad para ser atrapado por cualquiera de ellos, de donde resulta que *la formación de lectores críticos y analíticos*, o, digamos en un sentido más amplio, de receptores críticos y analíticos de información, es crucial para construir una sociedad más fuerte y más democrática. Por otro lado, quien encuentra placer en leer relatos que requieren algún grado de participación del lector, lo encontrará igualmente en el estudio, en la búsqueda de información y en la elaboración o reelaboración de respuestas novedosas.

Quien no goza al recibir y procesar información tendrá obvias dificultades para el estudio, deberá casi siempre conformarse con una verdad ya elaborada por la autoridad (padre, maestro, bibliotecario, locutor o gobernante) y tendrá extraordinarias dificultades para generar respuestas conceptuales novedosas y plasmarlas por escrito. Finalmente, la escritura es tan sólo la forma más abstracta del dibujo.

En 1997 tuvimos el privilegio de asistir a la reunión anual de ALA, celebrada del 26 de junio al 2 de julio en el Moscone Convention Center de San Francisco, California, y ser testigos de lo candente que resulta hoy en día esta discusión para el gremio bibliotecario. Contra lo que mucha gente común

puede imaginarse, el bibliotecario no es un sujeto necesariamente predispuesto a desechar las innovaciones por la defensa de los viejos medios; por el contrario, el bibliotecario está a favor de todo lo que facilite la tarea de conservar, organizar y hacer pública la información.

En ocasiones imaginamos la tarea del bibliotecario como una obligación de proteger la información aún a costa de impedir el acceso a ella, como en el caso de la terrible bibliotecaria solterona de las caricaturas o los vigilantes de aquella laberíntica torre prohibida de *El nombre de la rosa*.

Pero la existencia de las bibliotecas públicas es precisamente una de las piedras angulares del acceso del público a un sistema organizado de fuentes de información. Es impresionante la extraordinaria importancia que históricamente se ha dado en los Estados Unidos a la biblioteca pública, institución fundamental en la formación de lectores donde la vocación del bibliotecario se asume como una función de servicio y orientación a la comunidad.

En la feria de ALA llama la atención la gran cantidad de bibliotecarios que hay en los Estados Unidos, ya que a la extensa red de bibliotecas públicas (federales, estatales, de condado o de municipio) se suman las correspondientes a las universidades y a las escuelas de todos los niveles, a las diversas organizaciones e iglesias, a las fuerzas armadas e incluso las bibliotecas instaladas en las prisiones. Sus tipos y características son de lo más variado, ya que cada una atiende las necesidades de un sector específico de una heterogénea población.

Llama también la atención la diversidad de productos que se ofrecen para la promoción de la lectura, desde baberos con la leyenda *Born to read* (nacido para leer) o camisetas que recomiendan a los padres “Déle a su hijo los veinte minutos más importantes de su vida: lea con él cada noche”, hasta ediciones con tipografía grande para gente con vista cansada y ediciones en Braille promovidas con la frase *Reading is for everyone* (la lectura es para todos). Innumerables tazas, lápices, carteles, botones, gorros, separadores, camisetas, mochilas, todas ellas con leyendas que invitan a la lectura: “La vida es larga, aprender es rápido”; “El otro canal: los libros”; “Los autores viven en la biblioteca”; etcétera.

Destacan entre todas estas leyendas las de “Cuando tengas una duda, lee” y “El bibliotecario no sabe todas las respuestas pero te puede decir dónde buscarlas”, ya que materializan el espíritu de formar jóvenes que busquen sus respuestas en las propias fuentes documentales y sólo recurran a padres, maestros y bibliotecarios en busca de *orientaciones, estrategias e interpretaciones*, de *versiones*, pero no de *verdades*.

En la feria se exhibían, además de libros, *software* para bibliotecas, programas didácticos, sistemas de catalogación e identificación, control de entrada y salida de acervos, código de barras, bases de datos, envío electrónico de documentos, conexiones a la Internet (que por cierto es de género femenino, *la Internet*), productos multimedia, audiolibros, vídeos didácticos, películas y equipo para que los bibliotecarios reparen los libros, desde hojas rotas hasta reencuadernación; mapas en dos y tres dimensiones, guías de viaje, métodos para enseñar a leer, ingeniosos autobuses equipados como bibliotecas ambulantes y atractivos sillones ergonómicos diseñados para disfrutar más de la lectura.

Aunque los mercados culturales en los Estados Unidos están muy sectorizados, ya que no toda la población tiene igual acceso e interés por la información cultural, científica y artística, aquel país nos aventaja significativamente en el interés permanente por el fomento de la lectura en una mayor variedad de sectores sociales. Este interés se materializa en diversos programas de lectura. Por ejemplo el programa *Book it!*, de cinco meses de duración, cuyo nombre juega con dos significados de la palabra *book*, el sustantivo “libro” y el verbo “reservar”, auspiciado por las bibliotecas públicas y la empresa Pizza Hut. También existen múltiples asociaciones de fomento de la lectura, entre las cuales se destacó obviamente la California Reading Association, porque opera en el estado anfitrión de la feria.

En un país donde las bibliotecas, públicas y privadas, son una de las más importantes vías de acceso del público a la información, los bibliotecarios son uno de los sectores más poderosos y exigentes entre los compradores de libros y de todos los otros productos mencionados. A diferencia de México, donde las compras de las bibliotecas públicas se hacen institucionalmente (quizá para perjuicio de la riqueza y diversidad de los acervos), en aquel país los bibliotecarios tienen mayor libertad para decidir qué compran; en la medida en que un bibliotecario busca prestar un servicio a su comunidad y conoce bien los grupos sociales y de opinión de que se componen los lectores que frecuentan su

biblioteca, compra de acuerdo con ese conocimiento.

Los editores saben que los bibliotecarios son un buen termómetro para evaluar con cierta objetividad las preferencias del público de ese país. No es raro ver a los bibliotecarios estadounidenses frecuentando las ferias mexicanas, especialmente la de Guadalajara, en busca de libros para sus acervos, así que el *stand* de México en San Francisco recibió abundantes visitas en busca de *best-sellers* estadounidenses y obras universales traducidas al español, libros bilingües, libros en español con lenguajes adecuados a públicos diversos y libros para aprender español, libros sobre la historia y la cultura de México, etcétera.

Hay incontables bibliotecas estadounidenses que atienden a grandes grupos de lectores hispánicos, y sus demandas son tomadas en cuenta a la hora de la compra. Está abierta la puerta para la exportación de libros académicos de las universidades mexicanas, pero se repite la sempiterna queja nacional e internacional contra su calidad poco constante y su mala distribución.

Un caso especialmente curioso es el de una prisión de máxima seguridad cuya bibliotecaria se acercó al quiosco mexicano porque necesitaba enseñarle al personal un puñado de lenguas indígenas de México y América Central, ya que descubrió que no basta que los celadores entiendan el castellano para evitar las injusticias hacia algunos reclusos, ni el nerviosismo de los guardias ante tan desconocidos “códigos secretos” como lo son el náhua, el zapoteco o el maya.

En muchos otros sentidos, los bibliotecarios estadounidenses dictan, con su selectivo poder de compra, los estándares del mercado editorial; si han dispuesto que no comprarán libros con papel ácido, la industria se adapta a los papeles alcalinos y neutros; si disponen que no comprarán libros impresos con tóner, que también es efímero, influyen quizás en el futuro de los sistemas de bajo tiraje del tipo Xerox Docutech.

Para contrarrestar cualquier sospecha de malinchismo (palabra mexicana que denota la admiración ciega por lo extranjero con desprecio de lo propio) hablemos de México, donde las cifras oficiales

P
U
B
L
I
C
I
D
A
D

nos hablan de una tierra prometida con una biblioteca pública por cada 40.000 habitantes. Esta cifra no está nada mal, considerando que los Estados Unidos declaran tener una biblioteca pública por cada 28.000 habitantes. A fin de cuentas es un privilegio tener tan sólo 30% menos de bibliotecas públicas por habitante que los Estados Unidos, cuando ellos tienen 2.8 veces más habitantes, 26 veces más kilómetros de carreteras, 21 veces más automóviles, 18 veces más teléfonos, un producto interno bruto 18 veces mayor y un ingreso per cápita 7 veces más alto.

Pero el hecho de que según las cifras tengamos muchas bibliotecas en México no significa necesariamente que en ellas haya libros, y en ello estriba precisamente el problema. Las bibliotecas públicas de los Estados Unidos albergan cerca de 509 millones de volúmenes, lo que nos deja la cifra de 1.97 libros disponibles en bibliotecas públicas por habitante. Las bibliotecas públicas de México guardan poco más de 11 millones de volúmenes, por lo cual la oferta pública es de solamente 0.12 libros por habitante. O sea que México es un país lleno de bibliotecas, pero vacías.

Las prensas del país vecino del norte arrojan cerca de 49.000 nuevos títulos cada año, es decir, uno por cada 5.300 habitantes, mientras que las editoriales mexicanas sólo producen alrededor de 3.000, uno por cada 30.000 habitantes.

Además sabemos bien que los libros disponibles para el público no son solamente pocos, sino mal repartidos, ya que así como sólo un porcentaje mínimo de la población accede a la universidad, son las bibliotecas universitarias las que concentran la mayoría de la oferta de libros. Muchos estudiantes de educación superior no confían en las bibliotecas públicas, quizá por sus acervos escasos y poco actualizados, o quizá simplemente por una cuestión de estatus, así que aspiran a construirse sus bibliotecas privadas, lo cual hace una educación más cara y elitista. Y cuando se buscan alternativas, se piensa en fotocopiar libros (lo cual, por cierto, es delito) y no en enriquecer las bibliotecas.

¿Y la nueva tecnología? La tecnología ofrece soluciones interesantes a algunos problemas, pero como ya deberíamos saberlo, no cambia con facilidad las desigualdades sociales. Según datos publicados en 1995 por *Newsweek*, en los Estados Unidos había una computadora por cada 50 habitantes, aunque el número aumenta gradualmente; ¿eso quiere decir acaso que en México hay 26, 21, 18 veces menos computadoras que allá, como hay menos carreteras, automóviles o teléfonos? ¿Si el número de computadoras crece en proporción con la economía, este crecimiento se reduce o detiene cuando hay cre-

cimiento económico negativo? ¿Una computadora por cada mil habitantes es algo que realmente podamos llamar "futuro", o la nueva tecnología repite tan sólo el desigual reparto que ya existía antes?

La información es un bien social desigualmente repartido, como lo es el dinero, la tierra, la vivienda, la educación, el agua, la energía o casi cualquier otro recurso. Más aún, la información es poder. Tener trescientas o quinientas mil o dos millones de conexiones a la Internet en un país de 91 millones de habitantes es tan injusto como tener concentrado en una sola biblioteca, la de la UNAM, el 10% de todos los libros que hay en todas las bibliotecas públicas de México. Obviamente no proponemos que se desintegre la Biblioteca Nacional para lograr un reparto más justo del recurso, sino que se enriquezca paralelamente a todas las demás bibliotecas públicas de México, aunque quizá la extrema centralización y concentración es la única manera cuando un país tan pobre ha podido darse el lujo de tener centros de saber tan grandes e importantes como la UNAM.

Pero no hay que olvidar que esa extrema concentración se da también cuando hablamos de otros recursos materiales y no sólo de la información. México es un país donde todavía coexisten, en creciente distanciamiento, una próspera bolsa de valores con la pobreza más extrema, una central nuclear con muchos braseros de leña, la reconversión tecnológica posindustrial con la encomienda de indios, el robot con el peón acasillado, la California del siglo XXI con la América Central del siglo XVI.

La biblioteca pública en las comunidades debería ser, y no es, el pivote de la igualdad de oportunidades para que todos accedan a la información, no sólo en forma de libros, sino de todos los recursos que debe ofrecer una biblioteca moderna: revistas, periódicos, índices, anuarios, mapas, imágenes, vídeos, productos multimedia, *software*, material didáctico, modelos, maquetas, sistemas de simulación, acceso a la Internet y toda esa creciente diversidad de ofertas que, en vez de reducirse, crece y se hace más interesante.

¿Es casualidad la falta de una tradición de bibliotecas públicas en las comunidades de México? ¿Es una mala costumbre? ¿El país es demasiado pobre para darse esos lujos? ¿O simplemente es un obstáculo histórico o premeditado para el desarrollo integral de nuestro pueblo? ■

Amelia Rivaud Morayta y Gerardo Kloss Fernández del Castillo
 ✉ qkrivand@cueyatl.uam.mx
 ✉ lucas@cueyatl.uam.mx
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco